

HOMILÍA EN EL XVII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

CLAUSURA DEL XLII CONGRESO INTERNACIONAL ECUMÉNICO DE LA IEF

Queridos hermanos:

Durante esta semana nuestra Diócesis ha acogido el cuadragésimo segundo Congreso Internacional Ecu­mé­ni­co de la IEF. Confiamos que os hayáis sentido como en vuestra propia casa y que los trabajos que habéis desarrollado nos ayuden a todos a profundizar en el don de la unidad que el Resucitado ha concedido a su Iglesia. Ojalá llegue pronto el día en que, superada toda huella de división, los bautizados en Cristo formemos un solo cuerpo visible *para que el mundo crea*, conforme a la oración de Jesús en el evangelio de Juan (cf. Jn 17, 21). Saludo cordialmente a las autoridades de las distintas confesiones cristianas, a los organizadores del encuentro, a los participantes y a todos los que os habéis acercado a esta Catedral de El Salvador, para celebrar la Eucaristía en el día del Señor.

«En el camino ecuménico hacia la unidad, la primacía corresponde sin duda a la oración común, a la unión orante de quienes se congregan en torno a Cristo mismo. Si los cristianos, a pesar de sus divisiones, saben unirse cada vez más en oración común en torno a Cristo, crecerá en ellos la conciencia de que es menos lo que los divide que lo que los une. Si se encuentran más frecuente y asiduamente delante de Cristo en la oración, hallarán fuerza para afrontar toda la dolorosa y

humana realidad de las divisiones, y de nuevo se encontrarán en aquella comunidad de la Iglesia que Cristo forma incesantemente en el Espíritu Santo, a pesar de todas las debilidades y limitaciones humanas». Así se expresaba el Beato Juan Pablo II en su Encíclica *Ut unum sint* (n. 22b). En ella se recogen las enseñanzas del Concilio Vaticano II que define la oración como «el alma de todo movimiento ecuménico» (cf. UR 7). En efecto, la unidad es fruto del Espíritu, que nosotros sólo podemos suplicar con humildad y acoger con gratitud. En el camino para superar las divisiones de las distintas Iglesias y comunidades cristianas, la oración es el elemento más valioso. Por eso, y porque somos conscientes de la debilidad de nuestra propia plegaria, como los discípulos del evangelio suplicamos al Maestro: *Señor, enséñanos a orar* (Lc 11, 1).

Jesús, al transmitir el *Padre nuestro*, en primer lugar nos hace partícipes de su misma condición filial. Como afirma el Apóstol, en el Bautismo hemos sido sepultados con Cristo y hemos resucitado con él por medio de la fe (cf. Col 2, 12). Gracias a la acción sacramental de la Iglesia, hemos sido injertados en el Hijo de Dios como los sarmientos a la vid (cf. Jn 15, 5). Participamos, por gracia, de la condición de hijos que el Señor, y sólo ÉL, tiene por naturaleza. En el Espíritu, adquirimos la audacia de llamarnos y de ser en verdad hijos de Dios (cf. 1Jn 3, 1); pues el Padre, en su amor por nosotros, se ha dignado asociarnos al misterio de su Unigénito. Si los filósofos creían que el inicio de la sabiduría era el asombro, los creyentes sabemos que el principio de la oración es el estupor de poder dirigirnos a Dios como Padre. En cierto modo, en esto se condensa y expresa toda la doctrina cristiana. Así lo intuyó la hija más ilustre de nuestra Iglesia de Ávila, la mística Santa Teresa, cuando escribía: «¡Oh Hijo de Dios y Señor mío!, ¿cómo dais tanto junto a la primera palabra? Ya que os humilláis a Vos con extremo tan grande en juntaros con nosotros al pedir y haceros hermano de cosa tan baja y miserable, ¿cómo nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues queréis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar? Obligáisle a que la cumpla, que no es pequeña carga, pues en siendo Padre nos ha de sufrir por graves que sean las ofensas. Si nos tornamos a Él, como al hijo pródigo hanos de perdonar, hanos de consolar en nuestros trabajos, hanos de sustentar como lo ha de hacer un tal Padre [...] y

después de todo esto, hacernos participantes y herederos con Vos» (*Camino de Perfección*, XXVII, 2).

Ciertamente, en la oración aprendemos que es más lo que nos une que lo que nos separa. Porque no nos unen sólo ideas, las doctrinas, la ética, la historias, las tradiciones o costumbres. Ante todo, nos une nuestra condición de ser hijos de Dios. Y esta realidad es más alta, más profunda, más decisiva y más hermosa que ninguna otra vinculación posible en este mundo. Es verdad, estamos divididos por cuestiones cuya importancia no podemos soslayar. Es cierto, somos herederos de una historia conflictiva que no podemos contemplar sin avergonzarnos. Pero nada de esto puede hacernos olvidar que estamos ya unidos por unos lazos más fuertes que ninguno de cuantos el mundo pueda producir. Cuando dos bautizados se encuentran, no pueden olvidar que ante todo son, por la gracia del Espíritu, hijos del mismo Padre celestial, hermanos en Cristo, rescatados a precio de su sangre. Y nada hay mayor que esto.

Las primeras peticiones del *Padre nuestro* nos descubren que la primera mirada del orante se dirige a Dios. Queremos lo que Él quiere: que su nombre sea santificado y que venga su Reino. En cierto modo, se apunta aquí la realidad en la que luego se profundizará en la parábola del fariseo y el publicano (Lc 18, 9-14). En ésta se pone de manifiesto que la clave de una verdadera vida de oración no es la rectitud moral –y, podríamos suponer, incluso doctrinal– de la que el fariseo hace gala. Lo central en la oración y en la vida cristiana es la humildad con la que el publicano se olvida de sí mismo para que su primer pensamiento sea para Dios: *Tú, Señor, ten piedad de mí, que soy un pecador* (Lc 18, 13). La consecuencia más dramática de la división de los cristianos es que frecuentemente hemos conseguido, por desgracia, que los hombres nos miren a nosotros, nuestras diferencias o disputas, en vez de mirar con nosotros a Dios. Dios es la palabra más necesaria para el hombre, su interlocutor más deseado. Centrándonos en nuestras discusiones eclesíásticas hemos descuidado la esencia de nuestro ser eclesial, que consiste en remitir a Cristo con la docilidad y afecto de María cuando en las bodas de Caná sugiere: *haced lo que él os diga* (Jn 2, 5).

La Evangelización es la tarea que hoy, ante una sociedad sin fe, nos afecta a todos los cristianos: *como el Padre me envió*

así también os envió yo (Jn 20, 21). De este modo se expresaba la Exhortación Apostólica postsinodal *Ecclesia in Europa*: «El Apocalipsis nos pone ante una palabra dirigida a las comunidades cristianas para que sepan interpretar y vivir su inserción en la historia, con sus interrogantes y sus penas, a la luz definitiva del Cordero inmolado y resucitado. Al mismo tiempo nos hallamos ante una palabra que compromete a vivir abandonando la insistente situación de los hombres prescindiendo de Dios o contra Él» (EE 5).

Así, en el pasaje del Evangelio que hemos escuchado, el Señor nos muestra también las tres actitudes fundamentales del orante: la humildad de quien busca ante todo el Reino de Dios y su justicia (cf. Mt 6, 33); la perseverancia de quien sabe que *quien busca, halla* (Lc 11, 10) y la alegría de quien ha recibido de antemano lo máximo que podía pedir: el Espíritu Santo que alumbró nuestra carne mortal con la esperanza cierta de la resurrección.

Esta esperanza es la que reavivamos cada domingo. Hermanas y hermanos: que el Señor resucitado nos haga dignos testigos suyos, hombres y mujeres de oración, para que manifestando a Dios en nuestras vidas, con fe renovada y *parrèsia*, el mundo crea y la Iglesia alcance su unidad perfecta.

Amén.

JESÚS GARCÍA BRILLO
Obispo de Ávila